



La esperanza

CRÍTICA DE CLÁSICA

Orquesta del Gran Teatre del Liceu

Intérpretes: Martin Owen, trompa; Josep Pons, director
Lugar y fecha: Palau de la Música (21/X/2016)

JORGE DE PERSIA

Como espectador, agradezco haber podido asistir a este concierto. Porque después de haber escuchado no sólo el *Fiat Lux* de Joan Guinjoan, sino el formidable trabajo de la Orquesta del Liceu, por un momento se despejaron, con la esperanza, las tinieblas que nos invaden. Una pena que las autoridades del Liceu no hayan podido estar allí, y no hablemos de las políticas...

Y Wagner, como en aquellos tiempos de verdadera construcción en que se levantó este magnífico templo de la música que es el Palau, hizo que sus butacas se identificasen a las del Liceu. Y que sus rincones de la memoria –no es nada frecuente que suenen aquí estos Wagner– vibrasen seguramente con los fragmentos del *Tristán* que abrieron el concierto y con los de *La caída de los dioses* que lo cerraron.

En medio, el anodino *Concierto para trompa nº 2* de Strauss, escrito en plena guerra, artilugio de neoclasicismo, en buena versión del solista Owen.

Salvo el Strauss, que quedó en la sombra, se iluminaron las Valquirias que coronan el escenario. Y no es un juego de palabras, porque todo el concierto estuvo presidido por el estreno absoluto del poema sinfónico *Fiat Lux* de Guinjoan de muy reciente factura que prelude sus 85 años. Otro ejercicio de voluntad, esperanza y arte. Una obra que culmina de momento la trilogía de temática científico-musical

abierta con *Verbum*. Guinjoan, que forma parte de una generación ilustre de compositores catalanes junto a Josep Soler, o Xavier Benguerel entre otros, se planteó esta obra sinfónica en 2015, Año Internacional de la Luz.

El verdadero camino se abrió con la luz de un poema escrito por Antoni Clapès que iluminó recuerdos de la vida –de los amaneceres en Riudoms natal, y hasta incluso de los sonos del viejo acordeón de los días jóvenes. Y la partitura tiene muchas referencias a ello. El compositor decía que “quiero escribir algo que suene a Guinjoan” y logró una obra que, al margen de artilugios técnicos y de una escritura por momentos magistral, suena maravillosamente a música, se desliza en ese difícil terreno de la comunicación. Y no utiliza el recurso de la eclosión estridente para hacer la luz, sino que la va pintando como en aquellos amaneceres, escondiéndola ante la tormenta, y valorada en sus mínimas esencias que aportaban entonces los elementales faroles que guiaban la vida y el trabajo. Hay esplendor, sí, pero sutil y artístico. Gracias.

Otro tema es la evidencia de compromiso y de dignidad de estos músicos que con su director van construyendo una buena orquesta. El paso del foso al escenario nos ha dejado momentos de alta calidad musical, de mucha profesionalidad visible en estos Wagner.

El oboe solista, estupendo músico, comenzó con un problema en su instrumento, que pronto disipó con una actuación de primera, y las trompas, y el trabajo del clarinete solista –el programa de mano con tanto espacio no pone sus nombres–, y de la cuerda o el resto de los metales. Un gran trabajo de dirección con intensidad, color y musicalidad.●